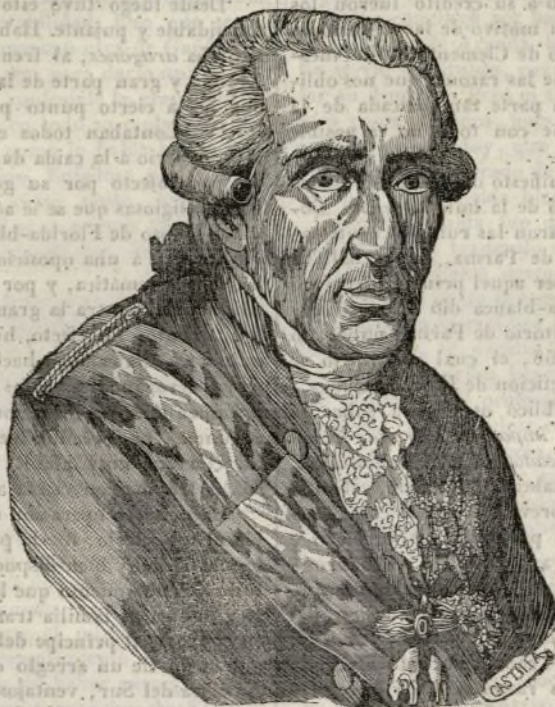


BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



EL CONDE DE FLORIDA-BLANCA.

El reinado de Carlos III, feliz para las artes y las ciencias, por la multitud de hombres sábios que dió á la república literaria, no lo fue menos para la gloria de la nación, por la multitud de célebres jurisconsultos y eminentes políticos, que reconquistaron á España en gran parte su pasado esplendor. Después de un siglo entero de abyección y abatimiento, la España volvía, bajo la venturosa estrella de Carlos III, á ocupar el puesto que le correspondía entre las naciones de Europa, del cual había sido lanzada en tiempo del II. El pabellon español ondeaba por todas partes respetado, y las tropas españolas recobraban el antiguo crédito, sepultado con los tercios de Castilla en los campos de Rocroy. Todos estos beneficios, debidos en gran parte al genio del monarca y á la buena administración entablada por su predecesor, hacían patente aquel célebre axioma, de que *si un buen rey es el mejor presente del cielo para los pueblos, no lo es menos un ministro íntegro para los reyes*. Carlos III tuvo esta fortuna, pues los tres ministros *Esquilace, Grimaldi y Moñino* fueron apreciables cada uno bajo cierto aspecto. Con todo no titubeamos en dar el primer lugar y mas digno de respeto á este último, conocido entre nosotros por su título de CONDE DE FLORIDA-BLANCA.

AÑO VII.

Nació *D. José Moñino* (1) en Murcia el año 1730, de una familia decente, aunque de pocos recursos, pues su padre, escribano de profesion, era solo conocido por su honradez. Principió sus estudios en el colegio de S. Fulgencio de aquella ciudad, y habiendo logrado pasar á Salamanca, concluyó allí la carrera de jurisprudencia. Vióse por mucho tiempo, á pesar de su talento, reducido á la obscuridad, sirviendo de escribiente en la secretaría de su padre, y casi decidido á seguir esta carrera. Con todo, su laboriosidad y talento vencieron al fin su mala estrella, y vió realizados sus deseos, llegando á ser el abogado mas acreditado, y una de las personas mas influyentes en el país.

Noticioso Esquilace de sus buenas prendas, le llamó á Madrid, y le empleó en varias comisiones honrosas, y últimamente le confirió la plaza de fiscal del Consejo, destino entonces de mucha consideracion. Allí fue donde principiá á lucir su talento, en una multitud de memoriales ajusta-

(1) El diccionario francés biográfico universal le llama *Don Francisco Antonio Moñino*, nombre que se le dá tambien en la biografía que hay al pie de su retrato, en la coleccion de hombres célebres, litografiada por Palmaroli, sin duda por haberla tomado de dicho diccionario.

24 de abril de 1842.

dos, informes y respuestas fiscales, sobre varios asuntos que se le consultaron (1). Algunos de ellos se han publicado; pero la mayor parte permanecen inéditos entre el polvo de los archivos, ó cuando mas copiados por algun curioso. Los mas notables son: sobre presidios; contra ganaderos trashumantes; sobre acopio de trigo para el consumo de Madrid; acerca de los recursos de nuevos diezmos en Cataluña; y primicias en Aragon; y sobre el método de enseñanza en varias universidades. También escribió por el mismo tiempo una carta apologética sobre el tratado de amortización de su amigo *Campomanes*.

Pero lo que mas contribuyó á su crédito fueron los escritos que publicó en 1768 con motivo de las disensiones con la corte de Roma, en tiempo de Clemente XIII. Nuestros lectores conocerán fácilmente las razones que nos obligan á tocar superficialmente esta parte tan delicada de la biografía de Florida-blanca, que con todo no es posible omitir.

El primero fue contra el manifiesto del obispo de Cuenca, con motivo de la prohibición de la bula *in cena Domini*. Al mismo tiempo principiaron las ruidosas contestaciones entre el papa y la corte de Parma, que se hallaba muy unida con la nuestra, por ser aquel príncipe hermano de nuestro rey. Entonces Florida-blanca dió á luz su representación fiscal sobre el monitorio de Parma, publicado en Roma en 30 de enero de 1768, el cual monitorio se mandó recoger á mano real á petición de Florida-blanca.

Poco tiempo despues se publicó otra obra sobre la misma materia titulada, *Juicio imparcial sobre las letras en forma de breve, que ha publicado la Curia Romana &c.* Esta produccion, parto de una cabeza demasiado caliente, fue mal recibida, á pesar de la prevención de la corte contra Roma, pues contenia varias proposiciones erróneas y mal sonantes, y algunas invectivas demasiado acerbas contra la Santa Sede. Mandóse recoger y espargar, nombrando una junta de cinco obispos y arzobispos en union del fiscal del Consejo, para que suprimiesen aquellas, y dejasen todo lo que pudiera ser útil. Trabajó en esto especialmente Florida-blanca, por cuya razon se le atribuye esta obra, que se publicó en un tomito en folio, que ha llegado á ser bastante raro. Mereció esta produccion los elogios de *Pereira*, el cual la consideró como espresion de las doctrinas de la iglesia española, por la parte que habian tenido en ella los obispos nombrados. Pero el clero en general miró con repugnancia aquella obra, y el nombre de Florida-blanca se hizo desde entonces poco grato á los canónistas, designados con el nombre de *papistas* ó *ultramontanos* por su adhesión á la Santa Sede.

Estas ideas y doctrina de Florida-blanca le hicieron creer el mas á propósito para desempeñar la legacion de Roma, á donde fue enviado el año 1772 en reemplazo del difunto Señor Azpuru, y con el carácter de ministro plenipotenciario. Habia cambiado ya para entonces el giro de los negocios, pues habiendo entrado en la cátedra de San Pedro el Papa *Ganganelli* (Clemente XIV) el año 1769, mostró el espíritu conciliador de que se hallaba animado para con España, y al punto se zanjaron las desavenencias amistosamente.

A poco tiempo de haber llegado Florida-blanca á Roma, fue estinguida la compañía de Jesus por aquel papa, en la cual tuvieron no poca parte Florida-blanca y la corte de España. También contribuyó mucho el mismo para la eleccion del virtuoso Pío VI, que fue elevado al Solio pontificio en 15 de febrero de 1775.

(1) Puede verse una relacion de ellos en el ensayo de una biblioteca de escritores del reinado de Carlos III por *Sempere y Guárrinos*, tomo 3.º, en la palabra *Moñino*.

Entre tanto los desastres de la guerra con los ingleses causada por el célebre *pacto de familia* negociado por Grimaldi, y el mal éxito de la expedicion contra Argel, habian desacreditado á aquel ministro, que cansado de tan penosa contienda hizo dimision de su empleo, proponiendo para sucesor á Florida-blanca por insinuacion de un tal Campo, oficial primero de su ministerio. Accedió el rey inmediatamente á su nombramiento, y aquel cambio ministerial no alcanzó mas que á los dos interesados, pues Grimaldi marchó á Roma para ocupar el puesto que dejaba Florida-blanca.

Desde luego tuvo este que luchar con una oposicion formidable y pujante. Habia en la corte un partido que se titulaba *aragonés*, al frente del cual estaban el Conde de Aranda y gran parte de la nobleza, y aun eran secundados hasta cierto punto por el príncipe de Asturias (Carlos IV). Contaban todos estos con la elevacion de Aranda al ministerio á la caída de Grimaldi, pero Carlos III que le era poco afecto por su genio impetuoso y por las ideas poco religiosas que se le achacaban, prefirió el genio dulce y bondadoso de Florida-blanca, mas análogo al suyo. Esto dió margen á una oposicion que llegó algunas veces á ser hostil y sistemática, y por parte de Florida-blanca á un odio formal contra la grandeza, del cual se le acusa no sin fundamento. En efecto, humilló á los grandes en cuanto estuvo á sus alcances, haciéndoles sufrir muchas vejaciones, y derogándoles varios privilegios, algunos de ellos muy justamente. A esa oposicion debe sin duda achacarse esta conducta, pues recibia bien á toda clase de personas, y su carácter era muy afable, á no ser con los grandes, á los cuales trataba con cierta altivez.

La primera operacion de Florida-blanca luego que subió al ministerio, fue la paz con Portugal, para la cual se le mostró muy bien dispuesta aquella corte, por el oportuno descubrimiento que le hizo Florida-blanca de la grosera intriga de familia trazada por Carvalho, para colocar en el trono al príncipe del Brasil. Verificóse, pues, la paz por medio de un arreglo de límites de las colonias de la América del Sur, ventajosos para España; y poco despues se consolidó por medio de un tratado de comercio, provechoso á las dos partes, que fue la obra maestra de Florida-blanca, y que le granjeó el afecto del Soberano y de la nacion. También fueron obra suya los dos casamientos que se hicieron en 1785, entre el príncipe del Brasil D. Juan, con la infanta Doña Carlota, hija de Carlos IV, y el del infante D. Gabriel, con la de Portugal Doña Maria Victoria.

Sería preciso recorrer toda la historia de España en aquella época, si hubiéramos de juzgar detalladamente acerca de la politica de Florida-blanca, pues fue el alma de ella hasta fines del reinado de Carlos III.

Culpósele con mucha acrimonia por los desastres de la guerra británica en 1779, y principalmente por el mal éxito del sitio de Gibraltar. Con todo, las disposiciones que habia tomado eran tales que ofrecian muy diferente resultado, y Florida-blanca, al ver dispersadas nuestras escuadras, pudo decir con Felipe II, *que no las habia enviado á pelear con los elementos*. El mismo Conde de Aranda escribió desde Francia antes de declarar la guerra, que quizá no se hallaría jamás ocasion tan oportuna para abatir á los ingleses. Además el tino con que se dispuso la conquista de Mahon hace honor á Florida-blanca.

Sostuvo entonces la España en el continente y en sus colonias seis ejércitos y una marina brillante, sin mas quintas que las ordinarias y las milicias, y sin prolongar las contribuciones extraordinarias mas que por el tiempo que duró la guerra. En seguida volvió á florecer el comercio; hizose por primera vez un tratado con el sultan; protegióse á las artes y á la industria, y se llevaron á cabo

vanios proyectos beneficiosos para la nacion, entre los que merece particular memoria el del canal de Aragon. Tambien trató de llevar á cabo los de Albacete y Lorca, en que se hallaba él muy interesado, y que circunstancias particulares le imposibilitaron realizar.

A pesar de eso y de su infatigable laboriosidad no logró acallar los resentimientos de sus émulo. Adquirieron estos nuevo brio con la llegada de Aranda de vuelta de su embajada de Paris. Tenia que luchar al mismo tiempo con el ministro de hacienda *Gardoqui*, con quien tenia serias desavenencias. Logró el rey al fin reconciliar á entrambos, y para dar á esta union mas estabilidad, hizo que se casara un sobrino de Florida-blanca con otra de Gardoqui.

Por aquel mismo tiempo el rey, para darle una prueba de su benevolencia, determinó conferirle la gran cruz de su orden, que estaba entonces en todo su esplendor. Negóse Florida-blanca á recibirla, como lo habia hecho tambien al encargarse del ministerio. Enfadóse por esta vez Carlos III, pero reponiéndose algun tanto, le dijo con amabilidad: *¿Qué se dirá de mí si no premio tus servicios habiendo trabajado tanto? Es preciso que la aceptes si quiera por mi buen nombre.*

Este triunfo le fue costoso, pues poco tiempo despues se atentó contra su existencia, dándole un veneno, cuyos efectos le fueron muy funestos, pues padeció por espacio de tres años una especie de languidez, á lo cual contribuia la falta de alimento, (porque apenas tomaba mas que un poco de arroz con leche), y su vida monotona y laboriosa.

Cansado, pues, de tantas inectivas y rezeloso algun tanto de sus émulo, presentó al rey una exposicion sincerándose de los cargos que se le hacian y pidiendo su dimision. Carlos III, que estaba bien penetrado de su talento y de su rectitud, contestó á su demanda diciéndole casi lloroso: *No me abandones en mis últimos días: quiero dejarte á mi sucesor como una manda.* Esta afectuosa respuesta le obligó á continuar en el ministerio y pocos meses despues se cumplió el presentimiento del rey, que falleció á fines del año 1788, no sin haber encargado á su hijo que se guiase por los buenos consejos de Florida-blanca.

Sepultáronse con Carlos III la prosperidad de España y los grandes proyectos de mejoras: por desgracia subia al trono un rey inepto, cuando los disturbios que cundian en la nacion vecina hacian mas necesaria la firmeza de un Carlos III. Continuó al pronto en su puesto Florida-blanca, mas bien por atencion á la última voluntad del difunto monarca, que no por afecto que le profesase su hijo. El Conde de Aranda ganaba en influencia de cada dia mas, al paso que Florida-blanca decaia visiblemente de su prestigio.

A pesar de eso, aun dió un golpe de energia en 1790 que puede mirarse como la penúltima hazaña de nuestra marina, siempre insultada por los ingleses. De resultados de algunos atropellos cometidos por estos, con nuestras naves, exigió una satisfaccion, y no habiéndola dado oportuna aquella potencia, se mandó á nuestro célebre marino Don Juan de Lángara, apostarse con nuestra escuadra en el canal de la Mancha, en combinacion con otra francesa: al mismo tiempo se dió orden á las fuerzas navales del mar pacífico que apresasen los navios ingleses que pasaran á la China, ó cruzasen por aquellas aguas. El gabinete inglés, harto embarazado en América, hubo de ceder, y se transigió el asunto honrosamente para España.

Entre tanto la tempestad que se formaba allende los Pirineos oscurecia el horizonte, y Florida-blanca, enemigo de todo gobierno democrático, y terrible partidario de la dignidad real, miraba con el mayor horror aquellos preludios, cuyo funesto resultado preveia. Llevado, pues, de

esta idea, aproximó á la frontera de Cataluña un ejército de 20,000 hombres, y se manifestó dispuesto á la guerra, en lo cual convenia con Carlos IV. No así Aranda, que habiendo permanecido mucho tiempo en Francia, conocia mas á fondo el estado de aquel pais, y aun simpatizaba con algunos de los revolucionarios, y habia tenido con Voltaire íntima amistad. Estos en cambio cobraron á Florida-blanca un odio entrañable, y aun se dijo que habian tratado de asesinarle. Lo cierto es, que un dia se vió acometido por un cirujano francés que le hirió gravemente, y pagó su delito en un patíbulo.

Esto concluyó por hacerle mas odioso un empleo, que la oposicion de Aranda hacia cada vez mas espinoso. Por fin se vió destituido, cuando estaba casi decidido á presentar su dimision. Pero el triunfo de Aranda fue tan vergonzoso como efimero, pues entraba no á ser ministro, sino pedagogo de Godoy, que le arrojó bien pronto de su silla embiándole desterrado de una en otra parte, como habia hecho él con Florida-blanca.

Este á su caída fue desterrado á Murcia, donde vivió algun tiempo tranquilo en medio de sus parientes, á los cuales no se habia descuidado en proteger, dando lugar con esto á no pocas murmuraciones. Merece con todo especial mencion la rectitud de su padre, que habiendo quedado viudo, se decidió á ordenarse. En vano su hijo le brindó con pingües beneficios y prebendas, pues á pesar del cariño que le profesaba, se negó con firmeza á recibir ninguna, contentándose con vivir honestamente de las rentas de un corto beneficio.

Desde Murcia se le envió arrestado á la ciudadela de Pamplona, (quizá cuando las representaciones de Jovellanos y Saavedra), pero salió de allí en breve, y volvió á vivir á sus estados de Lorca. Allí se encontraba el año 1802, cuando la rotura del célebre pantano, que causó tantos estragos en aquella ciudad. A insinuacion suya se formó una junta de beneficencia para socorrer á las infelices victimas de la inundacion, y se le nombró por sus paisanos presidente de aquella asociacion.

Hallábase en Murcia el año de 1808, cuando se instaló el 24 de mayo una junta compuesta de 16 individuos, para velar por la seguridad del pais. Sobresalia entre ellos Florida-blanca, á pesar de su edad casi octogenaria, por la sabiduría de sus consejos, apreciados entonces al ver confirmados por la experiencia sus funestos vaticinios acerca de la revolucion francesa.

Al instalarse en Aranjuez la Junta suprema central gubernativa del reino en 25 de setiembre de aquel mismo año, fué al punto elegido para presidente de ella. Algunos hombres, amigos de censurarle todo, tuvieron mucho que murmurar, porque la junta determinó, que se diese tratamiento de alteza al presidente y escelencia á los otros vocales, y que se asignasen sueldos y placas de distincion. Sea que nuestra sensibilibidad esté mas embotada en esta parte, ó que efectivamente tales medidas nada tengan de ridiculo, es de creer que en el dia no se mirase con la prevencion, con que entonces fueron recibidas.

Entre tanto la central se habia trasladado á Madrid: los ejércitos franceses habian pasado el Ebro, y se hallaban ya en los puertos de Somosierra y casi á vista de la corte. Los ministros de José escribieron una carta á Florida-blanca exhortándole á que se rindiese, y no quisiese con una *impestiva temeridad* esponer la corte y el reino á mayores males. Lleno él de indignacion la presentó á la Junta, que declaró traidores á los que la habian escrito, y mandó quemarla por mano del verdugo. Pero los momentos eran críticos, y así despues de dar las disposiciones que se creyeron oportunas para la defensa de la corte enteramente abandonada, disolvióse la junta, saliendo de Ma-

drid en varias direcciones. Florida-Blanca, que había quedado con Jovellanos y otros cuatro mas para despachar los negocios, se trasladó con ellos á Badajoz.

Los últimos días de Florida-Blanca fueron bien amargos: veía á los franceses apoderados nuevamente de Madrid, dispersos nuestros ejércitos, divididos en mezquinas rencillas los generales, y al mismo que debía proteger la central, haciendo movimientos inoportunos para dejarla en descubierto, obligándola á marchar de Badajoz. Su entrada en Sevilla fue un verdadero triunfo: todos se agolparon á ver al hombre célebre y de gratos recuerdos para la nación. Pero no era ya el amigo de Carlos III que le sugería obras grandiosas, y levantaba la España á un grado de esplendor desconocido: era sí un anciano casi exánime, agoviado bajo la mano del tiempo y de los padecimientos, devorado por dolores y disgustos que acibaraban sus últimos días. Pocos después de su entrada en Sevilla falleció allí, el día 20 de diciembre de 1808.

Florida-Blanca fue célibe, y de costumbres puras y sencillas: afable y bondadoso, y sobre todo muy detenido en la ejecución de sus planes. Tuvo la fortuna de brillar en su elemento, con un rey cual convenia á su carácter, y que se aproximaba á su genio. Con otro monarca mas impetuoso ó menos pacífico, quizá no hubiera lucido tanto sus cualidades. Se le puede considerar como terminador de la política de Patiño, y por otra parte acérrimo defensor del *pacto de familia* (ó alianza con la Francia,) obra de su protector Grimaldi.

Un escritor contemporáneo (1) le calificó como el mejor ministro que había tenido España, y que tendría probablemente. Sin rebajar las buenas cualidades de Florida-Blanca, ni atentar contra su buena memoria, creemos que se pudiera atenuar algun tanto este elogio, especialmente en cuanto á la segunda parte. ¿Quizá no hubiera parecido tan grande Florida-Blanca si en el reinado de Carlos III hubiera habido oposicion parlamentaria y libertad de imprenta?

V. DE LA F.

EL COFRE MISTERIOSO

DEL REY GUSTAVO DE SUECIA.

EL rector que actualmente dirige la universidad de Upsal ha hecho anunciar últimamente en los periódicos de aquella capital la próxima apertura de un cofrecito depositado en el local de los Archivos universitarios, desde el mes de diciembre de 1791, por orden del rey Gustavo III. Esta solemne operacion ha debido tener lugar el 30 de marzo del presente año de 1842, en la gran sala del palacio de la Universidad, en presencia de su ilustre senado, reunido en plena asamblea y de las autoridades civiles y municipales de la ciudad.

Esta solemnidad tiene referencia con uno de los acontecimientos mas extraordinarios y trágicos de que la historia hace mencion. Vamos á hablar de la muerte deplorable de Gustavo III, rey de Suecia.

Soberano de un pais, que desde largo tiempo era uno de los mas fieles aliados de la Francia, se disponia á socorrer al infortunado Luis XVI, cuya autoridad estaba anonadada á impulso de las facciones. Por el mes de julio de 1791, Gustavo se hallaba en Aix-la-Chapelle, donde esperaba á aquel príncipe. Todo el mundo sabe cuales

fueron las funestas consecuencias del viaje del rey de Francia á Varennes. Gustavo tuvo el sentimiento de saber su arresto, realizado por sus propios súbditos, y el interés que el rey de Suecia tenia por el desgraciado monarca, y el afecto caballeresco que le movia á emplearse en su socorro, le hicieron odioso á los demagogos franceses, gefes de clubs y faccion orleanista. Desde entonces seguian todos los pasos de Gustavo, y los que se encontraban á la cabeza de la revolucion francesa sabian hasta el menor de sus proyectos, por medio de una correspondencia secreta de aquellos con ciertos amigos de la libertad en Suecia.

No pudo estar tan oculta esta sigilosa inteligencia que no llegase á rastrearla el marqués de Bouille, y por ella supo que estaba dispuesto un complot para asesinar á Gustavo en Aix-la-Chapelle. Alarmado por la idea de que nada era capaz de contener á los que atentaban contra la vida del rey, Mr. de Bouille suplica á este que abandone á esa ciudad, unos dias antes que tenia premeditado. El que esto escribe, ha sabido por uno de los cómplices del atentado, que si Gustavo hubiera permanecido en ese punto 24 horas mas, infaliblemente hubiera perdido la existencia.

Desde esa época, sus enemigos no cesaron en perseguirle. Uno de los mas encarnizados, era Juan Santiago Aukarstroem, hombre de los mas depravados que hayan podido existir en ningun siglo. La idea que continuamente le dominaba, era la de asesinar al rey: durante los tres últimos meses de su vida, no hubo un solo día en que este príncipe, ocupado en una expedicion que debía obrar un desembarco en las costas de Normandía, no corriese algun peligro de parte de los traidores que querian su muerte, los cuales al fin fijaron la ejecución de este horroroso crimen para el 16 de marzo de 1791, día en que el rey debía asistir á un baile de máscaras en el salon de la ópera, y cuya diversion debía atraer una numerosa concurrencia, á cuya sombra juzgaron los conjurados que les sería fácil aproximarse á su persona y realizar el proyecto.

Mientras que el rey se ocupaba en peinarse y componerse, sus ojos se dirigieron á un billete cerrado que estaba en su tocador. El sobre estaba concebido en estos términos: "A. S. M. el rey.—*Secreto importante.*" Gustavo cojió el papel, examinó la letra y le dejó. Después le volvió á tomar, y abriéndole se puso á leerle: durante su examen, sus mejillas palidiecieron; una mano desconocida le advertia del complot dispuesto contra su vida. Se quedó por unos momentos triste y pensativo, como persona indecisa sobre el partido que convenia tomar en el asunto. En aquel momento se presentó el varon de Bjelke, su secretario particular, y uno de los conjurados, y el rey le presentó la carta diciéndole:—Leed y decidme luego, qué pensais de esto.—Me parece, señor, contestó el pérfido consejero, que esta carta ha sido escrita por alguno que os quiere intimidar, y apartaros de toda diversion pública.—¡Intimidarme! (esclamó Gustavo arrojando una feroz mirada, y mostrando el mayor desprecio) ¿Cuál es el hombre que de una cosa igual pueda gloriarse? Jamás hago el menor aprecio de semejantes tontunas. Si diese oidos á cuantos avisos de esta clase recibo, no gozaría de un momento de reposo.—El traidor Bjelke, repuso.—Con todo, es muy posible que este papel encierre un aviso útil, y así era de parecer que V. M. dispusiese el que no se efectuase el baile de máscaras.—Pero en ese caso, respondió Gustavo, si ha pretendido burlarse de mí el insolente escritor, dirá luego y con razon, que el rey ha tenido miedo. Nada menos que eso; está decidido; voy al baile."

Tan pronto como Bjelke se separó del monarca, se presentó á los conjurados, y les hizo cargo de la señal que debía servirles de aviso. Si el rey se decidia á ir al baile,

(1) Samper y Guarinos.

Bjelke enviaría á un joyero su reloj, bajo pretexto de componerle, y si cambiaba de determinación, en lugar de la muestra le mandaría una caja de tabaco. Uno de los conjurados aguardaba el resultado en la tienda que estaba situada en Drotting Gatén. Bjelke mandó á ese punto su reloj, sin hacer conocer á sus cómplices el peligro que todos habían corrido.

El conde de Essex empleó las razones mas fuertes para inclinar al monarca á que no saliese, pero el desprecio de todo peligro, respecto á su persona, que había siempre marcado el carácter del rey, decidió de su suerte. Bjelke acudió primero al baile, y se colocó al lado de Aukarstroem. Gustavo tardó bastante tiempo en presentarse en el salón, tanto, que los conspiradores creyeron que habían sido vendidos, ó al menos que sus intentos eran fallidos. —“Me parece, dijo Aukarstroem con tono de indiferencia, que no tendremos el honor de ver al rey esta noche.” —“Nada temais, respondió Bjelke, nuestros deseos se verán cumplidos.” —

Al tiempo que acababa de pronunciar estas palabras, la música anunció la llegada de la real víctima, que entró en la sala apoyado en el brazo del conde de Essex. El rostro de S. M. estaba alegre y animado, según su costumbre, y aunque en su fisonomía no se trasluciese la impresión causada por la reciente lectura del anónimo, con todo, es muy cierto que en aquellos instantes esa funesta idea le ocupaba el pensamiento, pues al entrar en el salón dijo al Conde. —¿No es verdad que he hecho bien en despreciar el aviso que recibí? Caso de existir un complot contra mi vida, su ejecución se hubiera verificado antes de llegar aquí. — El conde haciéndole una reverencia, le contestó con gravedad. — ¡Plegue al cielo que V. M. acierte! — Con todo, en este momento varias miradas, en que estaban pintadas la cólera y el mas encarnizado odio, se fijaron sobre el rey, cuyo ojo vivo y penetrante reparó en una de ellas, la mas terrible y siniestra; pero sin hacer caso, tomó el brazo del embajador de Prusia, y empezó á penetrar por la turba de máscaras que llenaban el salón, cuando notó que estaba como cercado, y que se le impedía el paso. Los principales conjurados que se hallaban cerca del monarca, encontraron, valiéndose de la confusión, un medio para colocarse entre el rey y personas que le acompañaban. Gustavo, viéndose arrebatado por la multitud, quiso apoyarse contra un bastidor, detras del cual Aukarstroem se había colocado. En este momento terrible, el asesino conservó la mayor serenidad y sangre fría, y temiendo que la víctima se le fuese, con la mano derecha cojió la fatal pistola, y con la izquierda tocó ligeramente la espalda del rey. Habiendo este vuelto la cabeza para ver quien era la persona que tanta libertad se tomaba, reconoció á su enemigo. Aukarstroem disparó en aquel punto su arma, que dirigió hácia los riñones del monarca, y viéndole aun de pie, sacó un cuchillo de dientes como una sierra, que llevaba preparado de intento, y ya iba á hundirle en el pecho de Gustavo, cuando este cayó al suelo.

El conde de Essex, gran escudero de S. M., que se acercó en aquel momento al rey, gritó en alta voz á las guardias que estaban á las puertas del salón, diciéndoles que las cerrasen sin dejar salir persona alguna. Los que componían el séquito del rey se aproximaron para colocarle sobre un sofá, que muy pronto se cubrió de la sangre que en abundancia arrojaba la herida. La confusión, el tumulto que reinaba en la sala, dió tiempo á Aukarstroem de dejar caer las armas que llevaba ocultas. Bien pronto cundió la voz de que el rey había sido asesinado. La tropa cubrió todas las avenidas, y el teatro fue cercado. En medio de todo esto, el monarca desplegaba una calma y admirable presencia de ánimo, á pesar de la herida, y

en el momento que pudo hacerse entender, dispuso que se cerrasen las puertas de la ciudad, y dirigiéndose á los embajadores de las diversas potencias, que estaban á su alrededor, les dijo: —“He dado orden, señores, para que por espacio de tres dias estén cerradas todas las puertas de la ciudad, y no será, sino cumplido este plazo, cuando podais mandar correos á vuestras respectivas cortes, y esto os será tanto ó mas ventajoso, cuanto que para ese tiempo se sabrá de cierto si es ó no posible el que yo viva.”

Durante estas palabras, un sudor frío bañaba su frente, y hacia conocer los dolores intensos que sufría, que no le impedían, con todo, el indicar por sí mismo las medidas que era preciso tomar para el descubrimiento del regicida. Cuantas personas se hallaban en la sala, sin escepcion alguna; fueron obligadas á desenmascararse y á sufrir un registro escrupuloso, á fin de ver si traían armas ocultas; y por último á escribir sus nombres y cualidades, en registros que se dispusieron al momento. Fuese de intento ó casualmente, Aukarstroem fue el último llamado á escribir su nombre. El cãnciller Beuzelstjern que estaba á su frente, observó atentamente su fisonomía. El capitán Aukarstroem se adelantó con paso firme y tranquilo, y despues de haber cumplido con el mandato, preguntó con cierta dulzura y sangre fría. —¿Teneis mas que exigir de mí, Señor? — Nada mas; respondió el Chambelan. Se saludaron recíprocamente, despues de lo cual Aukarstroem se retiró á su casa, y á muy poco entró en su alcoba, y dijo á su criado que se llevase un vizcocho con un vaso de vino, lo tomó y se acostó, durmiendo tranquilamente despues de haber asesinado á su rey.

Los cirujanos, habiendo sondeado la herida del monarca, y advirtiendo la dirección de la bala, juzgaron que había poca ó ninguna esperanza de salvar la vida al augusto enfermo, y durante su operación, que fue escesivamente dolorosa, Gustavo desplegó una fuerza de alma y un sufrimiento extraordinario, y notando que uno de los facultativos temblaba al introducir la tintera, sin hacer caso del dolor, le dijo con voz entera. — Espero que el sentimiento no os impida llenar cumplidamente vuestro ministerio, y tened presente, que es imposible salvarme sin extraer la bala. — Un momento se detuvo el cirujano para tomar aliento, y en seguida estrajo de la herida balas de diferentes formas. A pesar de todo, pudo Gustavo bajar algo de prisa la escalera de granito que conducía al vestíbulo del palacio, donde fue transportado con lentitud en una camilla, que sostenían varios granaderos de su guardia.

Aunque las puertas del palacio se cerraron, con todo, la escalera se hallaba atestada de gente. Allí se encontraban varios ministros en traje de ceremonia, y la mayor parte de los dependientes y allegados al séquito real, vestidos aun con los disfraces que habían llevado á las máscaras. Estos trages elegantes y variados; el estado del rey estendido en la camilla; cuya lívida frente apoyaba en su mano derecha; tantas fisonomías diversas, en las que estaban á la vez pintados el dolor, consternación y espanto; el resplandor de numerosas antorchas que llevaban los soldados, y que reflejaban en los brillantes cascos y trages bordados con lentejuela dorada, y al propio tiempo en los sables y bayonetas; la luz tan fuerte que dejaba ver con la mayor claridad el rostro del monarca; la camilla y el grupo que le rodeaba; las sombras que se estendían por encima y alrededor de ese grupo principal, y los accidentes de aquella misma luz que confusamente iluminaban algunas partes separadas de este vasto cuadro, formaban un espectáculo grande, pintoresco, y capaz por sí solo de producir la mas viva y profunda impresión.

(Se concluirá).

ESTABLECIMIENTOS ÚTILES.

LAS ESCUELAS DE PARVULOS.

La sociedad filantrópica para propagar y mejorar la educación del pueblo, ha publicado el acta de su cuarta junta general, celebrada el día 13 de febrero último, y con ella una relación de las operaciones y progresos de esta sociedad, durante el tercer año de su establecimiento (1).

No podemos menos de llamar la atención de nuestros lectores sobre este importante documento, que revela los adelantamientos y extensión que esta benéfica sociedad, formada generosamente por lo mas escogido de la población madrileña, ha sabido dar á su noble tarea; espectáculo consolador en que están interesados, no solo todos los numerosos asociados; no solo todas las familias de los párvulos educados en su escuelas; sino tambien todos los habitantes de Madrid y de la España entera, que sientan latir sus pechos á impulsos del verdadero patriotismo, y gusten abrir sus corazones á la dulce esperanza de mas halagüeño porvenir para nuestro país.

¿Quién, con efecto, no ha de sentirse dominado por esta idea consoladora, al contemplar que en medio de las borrascas políticas, en lucha con la penuria general, la desconfianza y el egoísmo sistematizados, la población culta de la capital del reino, representada dignamente por mas de seiscientos nombres de todas edades, sexos y condiciones, olvidando para este acto generoso toda division de opiniones, toda diferencia de caracteres, se agrupa cordialmente bajo el influjo de una noble inspiración, de una benéfica idea, la de propagar y mejorar la educación de la generación naciente, tomándola para este objeto en la misma cuna, y conduciéndola á los asilos sencillos que ha sabido crear para dirigir sus primeros pasos en la carrera de la vida? ¿Quién que sepa las grandes dificultades vencidas, los gigantescos medios puestos en práctica en otros pueblos para establecer la institucion de las escuelas de párvulos, no ha de admirar que en nuestra capital, sin otros medios que la pública filantropía y el celo de la población, se haya realizado casi silenciosamente, sin aparato ni pomposos anuncios, hasta el punto de competir desde el tercer año con las mas adelantadas de Europa? Y todo esto sin desembolsos por parte del gobierno, ni mas protección que la natural benevolencia que han de inspirarle los activos trabajos de esta importante asociación. Obsérvese esta circunstancia, teniendo presente que las salas de asilo en París, están auxiliadas por los fondos públicos con dos mil francos anuales cada una, ademas del subsidio extraordinario concedido á su creación; y en otras capitales con otros medios mas ó menos directos.

Segun la memoria ó acta de la junta general leída el 13 de febrero, resulta que son cinco las escuelas establecidas hasta el día por la sociedad y que en ellas reciben los beneficios de este sistema de educación, setecientos diez y nueve párvulos de ambos sexos, cuyos adelantamientos no pueden darse á conocer sino visitando materialmente dichas escuelas, observando su aseo, orden y bien entendido mecanismo; el admirable, sencillo é ingenioso método de enseñanza; y aquel halagüeño espectáculo de la inocencia en manos de la beneficencia y la virtud.

Pos esta razon invitamos á todos nuestros lectores, y especialmente al bello sexo, en quien mas especialmente

se halla desenvuelto el sentimiento noble de la caridad y beneficencia, á que visiten con atención estas escuelas; que asistan si les es posible á sus ejercicios; escuchen los cánticos sencillos de los alumnos; observen su compostura y recogimiento; mirenles entregarse á recreos inocentes y saludables á las horas de huelga; comer con alegría las modestas provisiones que cada cual lleva en su cesto; y cultivar en fin insensiblemente la semilla del orden, de la obediencia y laboriosidad, de que tan ópmos frutos pueden en lo sucesivo recoger (1).

Seguros estamos de que muchas personas que por indiferencia ó por falta de publicidad no tienen aun noticia de esta asociación madrileña, luego que acierten á entrar en uno de aquellos asilos (abiertos á toda hora á los visitadores); luego que se enteren del acta y relación de los trabajos de la sociedad, y la lista de los asociados; luego, en fin, que sepan que por la mezquina suma de 20 reales anuales pueden unir su nombre á los mas distinguidos de la corte, que figuran en aquella, y contribuir al crédito y sostenimiento de esta obra, verdaderamente popular; no dudamos, pues, que la mayor parte se apresurarán á inscribirse, y aun lamentarán el descuido con que dejaron de hacerlo desde el principio. La sociedad, creciendo de este modo diariamente en individuos y en recursos, podrá extender en consecuencia sus beneficios á todo lo que exija en este punto la necesidad de la población de Madrid, y esta habrá dado un ejemplo mas que imitar á otras ciudades importantes del reino, en donde con mengua de su nombre no se halla seguido todavía.

ESTUDIOS HISTORICOS.

I.

HUESCA.

La famosa ciudad de Huesca fue conocida por los geógrafos é historiadores de la antigüedad con el nombre de *Oscá*, segun lo acredita el idioma latino donde aun se conserva; y el país de los ilerjetes, que es donde está situada, trae su origen de los mas remotos tiempos. Se halla esta ciudad doce leguas al Nordeste de Zaragoza y cuatro al Sud Oeste de la elevada sierra de *Quara*, que es la mas alta de todas las que constituyen la imponente cordillera, que se estiende de Oriente á Poniente en línea paralela con el Pirineo, y que forma de su territorio el mas variado y pintoresco paisaje. Huesca está fundada en un plano inclinado, que se levanta como treinta toesas por la parte septentrional, de suerte que viniendo el viajero de la del mediodía, se queda agradablemente sorprendido al ver aquella población grave y sombría, elevada vistosamente sobre el verde pavimento de su suelo, coronada de torres góticas y caducos campanarios, y resaltando notablemente con sus desiguales formas en el oscuro y nebuloso fondo de aquellas montañas, que le sirven de horizonte. Imposible es que la pluma pueda dar una idea completa de aquel cuadro magnífico, cuya belleza se realiza maravillosamente al recordar los hechos célebres, los grandes acontecimientos, las romancescas tradiciones y las páginas gloriosas que á la par le distinguen, ilustran y ennoblecen. Nosotros, residentes algun tiempo en aquel país, hemos tenido ocasion de contemplarle detenidamente, reconociendo sus importantes

(1) Véndese á cuatro reales en todas las escuelas de la sociedad, y en la mismas se entrega gratis á los señores socios.

(1) Estas escuelas están situadas: primera, en la calle de Atoclia, número 115; segunda, calle del Espino, tercera calle del Río, cuarta calle del Barquillo, y quinta calle de Velarde.

monumentos, y gozando del bello panorama que presenta, según la variedad de las estaciones, y hasta en la transformación momentánea y pasajera de la luz en el altercado curso del día. Los montes dilatados y gigantes del Pirineo, se dibujan en el cielo con una expresión viva y sublime, agena del humano pincel, cuando aparece la Aurora con su tivo y argentado esplendor, y los fabulosos cerros del *salto de Roldan* sobresalen entonces con altivez y dominio por cima de todas las sierras, cual si conocieran la importancia eterna y tradicional que les dá su historia. El sol con toda la plenitud de su fuego, dora y abriga a aquel anfiteatro rústico, donde forman un contraste portentoso los agrupados y vecinos montes de la frontera, con la apacible vega que fertiliza el flumen, los sencillos ermitorios del llano, el lejano caserío confundido entre los verjeles, el arruinado monasterio de *Monte-aragon* ostentando en su altura los restos miserables de su pasada opulencia, y la noble ciudad con sus viejos muros y deliciosas alamedas, quebrando en la cúpula de sus torres los rayos del astro luminoso. Mirada la ciudad desde la falda de las cercanas montañas que hemos citado, se la vé magestuosa y altaera dibujarse en el despejado horizonte del mediodía (1).

El invierno se presenta aquí con una magestad grave y aterradora, cual en ninguna parte hemos visto. El rigor de la estación arrebató súbitamente las plácidas galas con que se vistiera la naturaleza, dejándola yerta y sometida á su imperioso yugo, y al contemplar á la par de las negras nubes que coronan los cerros y de la apagada atmósfera, la blanquísima alfombra que cubre de nieve el llano y las montañas, no parece sino que la tierra alumbrada en esta ocasión al cielo. Pero lo indefinible y encantador sobre todo en este país, es ver declinar el sol á su ocaso en una tarde de primavera. ¡Cuántas veces estasiados con este espectáculo, respirando la dulce brisa de aquella campiña férax y saludable, alejándonos de las orillas del *Isuela* y situados en la solitaria ermita de *Salas*, hemos pasado las horas agradablemente, queriendo adivinar por la maravilla de sus obras todo el poder del Criador, á quien debemos tanta gratitud y veneración! En aquellos momentos, y mirado la ciudad desde el punto que hemos indicado, se transforma enteramente á los ojos del observador. Ya no es halagüeña y espresiva con sus formas distintas y sus facciones claras: oscurecida tristemente por la parte del *Pirineo*, de donde ninguna luz recibe, y bañada sin fuerza por el moribundo brillo que despide el sol al espirar en el occidente; es una mole gigantesca y tenebrosa, especie de ciudad pintada en bosquejo, que sin pretensiones ni atractivos, parece que está pegada en el monte y escondida en la sombra de aquellas sierras, cuyas gallardas cumbres ya no se perfilan en el cielo. Este espectáculo es tan imponente y melancólico, que siempre ha dejado en nuestra alma impresiones profundas, cuyo origen no sabríamos definitivamente explicar.

Los muros que en el día ciñen imperfectamente á esta ciudad cuentan muchos años de existencia. Se puede decir que no quedan mas que ruinosos restos de estas fuertes murallas, que fueron en otro tiempo el objeto de la atención oficiosa de los príncipes D. Ramiro el monje y D. Jaime el conquistador, los cuales señalaron gruesas rentas para su recomposición, y cuyas donaciones se confirmaron después con leyes. Las torres que antes tenían estos muros para su defensa, y de las cuales aun quedan algunas, aunque ruinosas, ascendían, según Francisco Diego de Aynza, á 99; mas según Calisto II en el libro que escribió de *los milagros de Santiago*, poco después de la restauración de Huesca, deben ser 90; pues tratando dicho escritor del

siglo VIII, en que esta ciudad prestó homenaje y obediencia á Carlo-Magno, dice: *Osa in qua nonaginta turres esse numero solent.*

La estructura de la ciudad de Huesca es antigua y algo irregular, pero sumamente cómoda para sus habitantes, tanto por la capacidad de los edificios, como por la distribución interior de ellos. Las calles son medianas y bien empedradas, especialmente la del *Coso*, que á la circunstancia de ser muy ancha, reúne la de ofrecer su caserío visualidad y ostentación. Sus principales puertas son cuatro, y la parte alta de la ciudad, donde quizá existe la porción mas vieja y completa de ella, se comunica con la otra, sin que se haga sensible ni violenta la inclinación indicada del terreno. Las fuentes que tiene en uno y otro sitio son de buenas y abundantes aguas.

Las primeras noticias que tenemos de la fundación y existencia de la noble Huesca, son las que nos relatan los autores griegos y romanos mas antiguos que se reconocen, y los cuales le dieron ya á esta ciudad en aquella remotísima época, toda la importancia que pudiera desear la mas grande y aventajada.

La etimología del nombre *Osca* es tan oscura, que se pierde totalmente entre la serie pasada de los siglos, y aun no se sabe con certeza la época en que este pueblo tomó el nombre de Huesca, perdiendo el que tenía.

Los datos mas lejanos que existen acerca de *Osca*, son los que pertenecen al tiempo de Quinto Sertorio, quien, 70 años antes de la venida del Redentor, estableció en ella escuelas públicas para instruir la juventud española en las letras latinas y griegas, según refiere Plutarco (1). Este sistema de enseñanza general, á mas de la notoria utilidad que proporcionaba á todo el país, dió á Huesca un brillo y una consideración, que las demas ciudades de Aragon no tenían. Era ya en esta época tan grande y respetable, que la eligió Sertorio para tener en ella asegurados, y como en rehenes, los jóvenes de la nobleza de España; y Zurita al propósito, dice: "Fué Huesca en los tiempos antiguos una de las ciudades mas famosas que hubo en la España ceterior y la escogió Sertorio entre todas las otras, para fundar en ellas la mayor fuerza y pujanza de su estado."

Las disensiones ominosas de aquellos tiempos turbulentos, en que dos campeones poderosos se disputaban el triunfo de la dominación, alteró notablemente aquella dichosa paz, á cuya sombra florecían las letras en las sublimes escuelas de la antigua *Osca*, teatro lucido de los adelantos y progresos del saber. La juventud decidida y vigorosa del país no dudó el partido que debió tomar en la demanda, y alistada bajo las banderas del gran Sertorio, siguiólas fiel y constantemente, hasta que la suerte contraria le robó toda esperanza de victorioso éxito. Allí, donde el infortunado y generoso dominador vió la alteza de su poder y las gratas consecuencia de sus benéficos esfuerzos, halló al cabo la funesta muerte que terminara su causa. La gente alentada de *Osca* lloró sentida y amargamente la pérdida de su bienhechor, y no solo siguió con estremada fidelidad sus huellas durante la época feliz de su vida, sino que sostuvo heroicamente después de su muerte el partido á que se afiliara.

El carácter belicoso y tenaz de los naturales, dilataba fieramente el resultado de la refida contienda, á la par que el altivo Pompeyo acrecentaba con venturosas jornadas los elementos de su fortuna. Al grande prestigio de la victoria, siempre ha seguido en el mundo la remoción de obstáculos insuperables; la oficiosa y gratuita cooperación de los neutrales, y el desaliento de los contrarios; y así, aunque los habitantes de la fuerte ciudad eran de suyo ani-

(1) Véase la lámina que acompaña á este artículo.

(1) Plutarco in Sertorio.

mosos y decididos, sintieron pronto la falta de auxilios que antes no experimentaban, y vieron la realidad amarga de su estado, encubierta hasta entonces con las quiméricas ilusiones de su esperanza. Al rigor de su abandono y aislamiento sucedió la calma del discurso; á este el conocimiento de los resultados que una defensa indiscreta proporcionaría á sus inocentes y consternadas familias, y convencidos del inmenso poder del nuevo dominador, le entregaron la plaza, con el mal ahogado enojo reconcentrado en sus pechos, y después de haberle abligado á comprar esta victoria á costa de mucha sangre.

El comportamiento de Huesca en tal ocasion, fue notable por lo consecuente y agradecido. La historia le hizo justicia en sus páginas, encomiando las virtudes que la distinguieron, y ganosos los escritores antiguos de perpetuar la memoria de sus hechos, consignaron en las crónicas el mérito de sus altas proezas y esclarecidas hazañas.

Las honoríficas distinciones y preeminencias que obtuvo Huesca en la antigüedad, fueron tantas como los títulos que adquiriera á su engrandecimiento y nombradía. Gozó fuero de *Municipio* (1) en tiempo de los romanos, y entre los muchos timbres y títulos gloriosos que la ilustraron, tuvo el de *vencedora*, que le dió el César, para significar que su rendicion lo sacó victorioso contra los legados de Pompeyo.

JUAN GUILLÉN BUZARÁN.

(1) Los fueros de *Municipio* se concedían solo á las ciudades mas principales y distinguidas, y su privilegio consistía en poderse gobernar estas por sus leyes patrias y costumbres privativas, y gozar de los honores de Roma.



(Vista de Huesca.)

EL DOMINGO POR LA MAÑANA.

(Traducción de una Balada Alemana.)

El sábado dijo al domingo: —"Ya quedan todos acostados; estaban tan cansados de velar!... y yo mismo que hablo, apenas puedo tenerme en pie.

Dijo; y la campana sonó la media noche; y el sábado cayó en la oscuridad.

El domingo entonces exclamó: "Ahora me toca á mí;" y diciendo esto abrió dulcemente la ventana, y se puso á contemplar las estrellas, aunque bostezando y de mala gana.

Hasta que en fin, estregándose los párpados se va derecho á casa del sol, que dormía á pierna suelta, y le grita: "Amigo, ya es hora" y el otro le responde "Allá voy."

El domingo entonces coge, y despacito se encarama á lo mas alto de las montañas, y se rie complacido; pero nadie le ve ni le escucha aun. Entonces se baja á la aldea, y le dice al gallo: "Cuidado con decir que estoy aquí."

Luego vuela á ver si el sol se ha levantado ya, y sube en su carro, y juega con sus rayos, y revolotea, y salta,

y brinca delante de las ventanas de la muchacha, y del artesano.

Como es buen amigo, no se enfada de que no vengán á saludarle tan pronto, y que le traten sin cumplido, y hace como que no le escucha cuando oye á unos y otros roncar con abandono.

¡Pero qué bello rocío derrama sobre la tierra el domingo de abril! ¡Cómo sabe embalsamar el aire, alegrar la campiña, hacer huir la tempestad!

Las abejas solas trabajan en tal día en tejer sus celdillas... ¡pobrecitas, que no saben que es domingo de abril!

Todo respira alegría y amor; la aldea entera parece vestida de fiesta; la hermosa niña parece mejor con el traje nuevo, y el mancebo galán lleva el sombrero adornado de lazos y flores.

La modesta campana de la iglesia llama á los fieles; y todo el pueblo se reúne allí; amigos y rivales, criados y señores; y luego se saludan á la salida, y reciben de mano del cura una misma bendición.

Las muchachas luego van á cojer flores para sus amantes, y los mancebos á luchar á fuerza de brazo, ó á lucir la voz de su garganta para merecerlas.